

La batalla de Loncomilla
de la guerra civil de 1851:

La participación de
Manuel Baquedano González

Por

Raúl Romero Goenaga

Trabajo de incorporación como
miembro académico



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

LA BATALLA DE LONCOMILLA DE LA GUERRA CIVIL DE 1851

LA PARTICIPACIÓN DE MANUEL BAQUEDANO GONZÁLEZ

Por

Raúl Romero Goenaga *

Trabajo de incorporación como miembro académico

* Abogado; Doctorando en Derecho, Máster en Economía y Gestión, Post Títulos en Asesoría de Empresa, Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales; Profesor Universitario e Investigador, Consejero Nacional del Instituto O'Higginiano de Chile, socio de las Corporaciones del Patrimonio Histórico Militar de Chile y del Patrimonio Marítimo de Chile, miembro del Círculo de Oficiales en Retiro de las Fuerzas Armadas y de la Corporación de Ex Alumnos de la Escuela Militar.
Correo electrónico: raulromerocl@yahoo.com

A mi Patria y a su historia militar

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

"Soldados: ejercéis la más augusta misión de que pueda encargarse un hombre sobre la tierra: sostenéis el orden y la ley, y por vosotros la sociedad entera disfruta los bienes que la paz derrama; custodios del bienestar común, habéis comprendido que las instituciones sólo tienen derecho a reclamar vuestro apoyo y que esa espada, que habéis recibido para la común defensa, sólo debe desnudarse bajo el estandarte sagrado de la Patria, que es nuestra única y querida enseña."

Manuel Bulnes Prieto¹

RESUMEN

La batalla de Loncomilla, ocurrida en la actual provincia de Linares de la región del Maule, el 8 y 9 de diciembre de 1851, ganada por el ejército gobiernista comandado por el general y ex presidente de la República Manuel Bulnes Prieto, fortaleció al recientemente electo gobierno del presidente Manuel Montt Torres al poner término militar en su favor a la Guerra Civil de 1851; determinando por muchas décadas más la viabilidad de la Constitución de 1833 del ministro Diego Portales Palazuelos², la que había intentado ser abolida por los revolucionarios liberales. Todo esto redundó en una etapa de notable estabilidad política y social que, claramente, dio más fortaleza a Chile para enfrentar la posterior Guerra del Pacífico.

Ahora bien, esta batalla resulta ser de las primeras de quien fuera posteriormente el general Manuel Baquedano González, de fundamental figuración en la posterior Guerra del Pacífico, quien a la sazón era capitán de Ejército y se desempeñó como ayudante de campo de Manuel Bulnes, para quien, a su vez, era su última batalla antes de acogerse a retiro.

Nos interesa investigar más detenidamente acerca de la trascendente actuación en combate de Manuel Baquedano González; y, por esta vía, rescatar la memoria de ello precisamente hoy, cuando el vandalismo en contra de su estatua ecuestre, ubicada en Santiago de Chile, ha intentado mancillar su honor.

Palabras clave: Batalla de Loncomilla, Revolución y Guerra Civil de 1851, Manuel Bulnes Prieto, Manuel Baquedano González, Ejército de Chile.

¹ ARCHIVO NACIONAL DE CHILE, *Legajo de las Acciones del Sur y del Norte durante la Revolución de 1851*, Santiago, Chile, sin fecha.

² GONZÁLEZ COLVILLE, Jaime, *La batalla de Loncomilla de 1851: escenarios y testimonios*, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA, Año LXXIII N° 116, 2007, Santiago, Chile.

ABSTRACT

The Battle of Loncomilla, which occurred in the current Linares Province of the Seventh Region of Maule on December 8th and 9th, 1851, won by the government army commanded by the general and former President of the Republic Manuel Bulnes Prieto, strengthened the recently elected government of President Manuel Montt Torres by putting a military end to the Civil War of 1851; consequently, determining for many more decades the viability of the 1833 Constitution of Minister Diego Portales Palazuelos, which had attempted to be abolished by the liberal revolutionaries. All this resulted in a stage of notable political and social stability that clearly gave Chile more strength to face the subsequent Pacific War.

Now, this battle turns out to be one of the first of who was later general Manuel Baquedano González, of fundamental figuration in the later War of the Pacific, who at that time was Army Captain and served as Field Assistant to Manuel Bulnes Prieto, for whom is his last battle before retiring, both always victorious and undefeated.

We are interested, then, to investigate more carefully than about the transcendent performance in combat of Manuel Baquedano González has done so far; and, by this means, to rescue the memory of it precisely today, when with vandalism and crime against his Equestrian statue located in Santiago de Chile, attempts have been made to tarnish his honor.

Keywords: Battle of Loncomilla, Revolution and Civil War of 1851, Manuel Bulnes Prieto, Manuel Baquedano González, Chilean Army.

I. INTRODUCCIÓN

A partir del 18 de octubre de 2019 comenzó en Chile un movimiento social que tuvo como epicentro a nivel nacional la Plaza Baquedano, ubicada en la ciudad de Santiago, una suerte de “zona cero” de destrucción de la urbe por el vandalismo, saqueos, e incendio tanto de locales comerciales como de monumentos patrimoniales; contexto en el cual la estatua del general Manuel Baquedano González, montado en su caballo Diamante, es lo que ha sido más ultrajado junto a las estatuas accesorias de su pedestal y base, dedicadas no sólo a sus batallas de la Guerra del Pacífico, sino también en homenaje al Soldado Desconocido de dicha gesta.

Ahora bien, estos ultrajes denotan no sólo un desconocimiento profundo en la mayoría de los asistentes a las marchas acerca de quién fue el general Baquedano, lo que en sí mismo es un problema, porque implica una preocupante falta de educación histórica de nuestra juventud; pero también es un intencionado y simbólico ataque por parte de unos pocos que sí conocen la trayectoria de tan insigne militar y que dio frutos no sólo en la Guerra del Pacífico, en cuyas batallas resultó vencedor invicto, sino que también en la batalla de Loncomilla que terminó con la Guerra Civil de 1851.

Pues bien, en este escenario es que estimamos que nuestra investigación resuelve un problema de investigación histórica³, porque cumple una función de rescate de un episodio de la vida tanto familiar como profesional de Manuel Baquedano González, acaecido en el contexto de la batalla decisiva de una guerra civil, que bien puede servir al propósito de reivindicar su figura; ayudando también a poner en relieve un episodio importante de la historia militar chilena como lo fue la batalla de Loncomilla, por la vía de saber contextualizarla en el posterior desarrollo institucional de la república. Y es que nuestro diagnóstico es haber detectado un problema, el de la ignorancia acerca de nuestra historia militar en general, y de la Guerra Civil de 1851 en particular, que ahora pretendemos superar por la vía de ahondar en la batalla de Loncomilla y en la figura del general Manuel Baquedano González.⁴

En este sentido, hemos querido colaborar en la solución de este problema mediante un trabajo cuyo objetivo general es aportar cualitativa y cuantitativamente al conocimiento histórico militar relevante en Chile, dentro de una línea de investigación referida a la participación del Ejército en las diferentes guerras civiles, en este caso la de 1851.

³ En este aspecto metodológico de nuestra investigación hemos seguido de cerca los consejos de ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Una Introducción a la Historia Militar*, Academia de Historia Militar, Santiago, Chile, 2014, pp. 121 a 126.

⁴ En cuanto a las biografías pedagógicamente explicadas de Manuel Baquedano González y de otros próceres militares de nuestro país, puede verse -tal cual nosotros lo consultamos- GONZÁLEZ SALINAS, Edmundo, *Soldados ilustres del Ejército de Chile*, en *Biblioteca del Oficial, Publicaciones Militares*, ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE CHILE, Santiago, Chile, 1963.

II. DESARROLLO

A) MANUEL BAQUEDANO GONZÁLEZ

El general Manuel Baquedano González emerge de las páginas de la historia y se agiganta como uno de los más eminentes generales de todo nuestro continente; y es que su intervención victoriosa en todas las batallas en que participó lo hizo acreedor del justo calificativo de “invicto”, porque nunca fue derrotado. Su eminente calidad como militar se conjugó así con su noble condición de ciudadano, actuando siempre en ambos campos con gran idealismo, generosidad y valentía, siempre al servicio de los más altos intereses de la Patria. De esta forma, el vencedor de tantos combates que, a la postre, lo convirtieron en el gran héroe de la Guerra del Pacífico, al regresar al hogar cubierto de laureles se convierte en un ilustre político republicano, senador por dos períodos, candidato a la presidencia de la república e, incluso, fue brevemente primer mandatario *pro tempore* al renunciar al mando supremo del país José Manuel Balmaceda Fernández, con motivo de su suicidio en 1891.

Cabe expresar que, desde que nació, Manuel Baquedano portaba en sus genes espíritu militar, así como ardor patriótico en su alma. En efecto, nació el 1° de enero de 1823 en el seno del matrimonio conformado por su padre, el joven militar Fernando Baquedano, y por su madre Teresa González. A su vez, aquél era nieto de Félix de Baquedano y Córdoba, español oriundo de la localidad de Abárzuza, en la provincia de Navarra, quien vino a Chile, donde contrajo matrimonio con una distinguida dama nacida en este suelo.⁵

Fernando, el padre de Manuel, que había iniciado su carrera militar en 1808 como soldado de la Compañía de Dragones, se distinguió prontamente en las luchas de la independencia y, más tarde, en la Expedición Libertadora del Perú, ascendiendo sucesivamente a sargento mayor, a ayudante del regimiento Cazadores a Caballo, a coronel y, en 1839, a general de brigada; mientras que en 1851 se desempeñó como jefe del Estado Mayor del Ejército del Sur y el mismo año se plegó al frustrado movimiento revolucionario contra el presidente Montt y combatió valientemente en la batalla de Loncomilla, en la que resultó herido.⁶

El joven Manuel Baquedano realizó sus estudios en el colegio San Ramón y posteriormente en el Instituto Nacional.⁷ A los 15 años de edad escapó de su hogar y se embarcó a escondidas en el buque donde iba el regimiento Cazadores a Caballo, que comandaba su padre, comisionado a la **guerra contra la Confederación Perú-boliviana** (1836-1839). A los pocos días fue descubierto y, dado que no lo podían devolver, se incorporó a este batallón al cuidado de un sargento.

⁵ HÜBNER GALLO, Jorge Iván, *Baquedano, general y ciudadano insigne*, en *Anuario Academia de Historia Militar N° 1*, pp. 96 a 110, ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR, Chile, Santiago, Chile.

⁶ FIGUEROA, Virgilio, *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*, Establecimientos Gráficos Balcells & Co., Santiago, Chile, 1928; en HÜBNER GALLO, Op. Cit.

⁷ CARMONA YÁÑEZ, Jorge, *Baquedano*, ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE CHILE, 2ª edición, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, Chile, 1978, p. 30; en HÜBNER GALLO, Op. Cit.

Durante este conflicto luchó en los combates de Portada de Guías (21 de agosto de 1838), Matucana (18 de septiembre de 1838), puente de Buin (6 de enero de 1839) y en la batalla de Yungay (20 de enero de 1839).

Al retornar a Chile, Baquedano terminó en enero de 1845 su entrenamiento militar y al año siguiente fue nombrado ayudante mayor del regimiento Granaderos a Caballo.

Es digna de destacar la situación de la familia Baquedano en la historia militar chilena, porque, a propósito de la batalla de Loncomilla, Fernando Baquedano y su hijo Eleuterio se alistaron en el ejército revolucionario del general José María de la Cruz, mientras que el joven Manuel lo hizo junto al general Bulnes; lo que a este último le causó una profunda preocupación, al extremo de casi no separarse de Baquedano, con quien incluso dormía en Chocoa pared de por medio.

En una oportunidad, pretextando una importante misión, Bulnes quiso enviar a Santiago al joven Baquedano, pero este se negó reclamando un puesto en el combate; más aún, el mismo Manuel salvó la vida del general Bulnes en Barros Negros, como pasaremos luego a detallar, y que vino a ser su gran hazaña en la batalla de Loncomilla. Terminada la contienda, pidió y obtuvo permiso de Bulnes para recoger a su padre herido y llevarlo a Talca, lo que realizó en medio de grandes sacrificios y arriesgando la vida al cruzar el río Loncomilla en lancha, todo lo cual permitió a su padre recuperarse pronto de sus heridas.

Al año siguiente, muy merecidamente, el presidente Montt premió a Manuel Baquedano por sus servicios en la guerra civil, ascendiéndolo a sargento mayor del Escuadrón Escolta del gobierno.

En abril de 1854, luego de que Manuel Baquedano se viera involucrado en un confuso motín de cuartel, fue separado de su cargo y enviado por la jefatura militar al sur como jefe de plaza, renunciando luego al servicio activo. Con sus ahorros y créditos adquirió un fundo cerca de la ciudad de Los Ángeles, al que llamó Santa Teresa en honor a su fallecida madre. Sin embargo, el gobierno no aceptó su renuncia, nombrándolo ayudante de la comandancia general de Armas de Valparaíso, en marzo de 1855. Para estar más cerca de su fundo, finalmente fue trasladado a la comandancia de Armas de Arauco.

Luego de retornar a la vida militar en 1859, Baquedano fue llamado por el presidente Manuel Montt para enfrentar la revolución que estalló ese año en el norte —y también en otros puntos del país— y que finalizó con la batalla de Cerro Grande; para después, en junio de ese año, ser ascendido a sargento mayor efectivo.

En 1869, ya como teniente coronel, participó bajo las órdenes del general José Manuel Pinto en enfrentamientos contra los indígenas en Malleco y en Renaico, en enero y mayo de 1869 respectivamente, luego del levantamiento indígena encabezado por Quilapán y otros caciques.

El 30 de julio de 1870 fue nombrado por el presidente de la República **José Joaquín Pérez** como su jefe de escolta.

En mayo de 1876 ascendió a general de brigada y en septiembre del mismo año llegó a ser comandante general de Armas de Santiago.

Al estallar la **Guerra del Pacífico** el 8 de abril de 1879, fue nombrado Comandante General de la Caballería, participando en la **campana de Tarapacá**, entre noviembre y diciembre de 1879, y en la batalla de Los Ángeles, el 22 de marzo de 1880.

El 3 de abril de 1880 fue nombrado general en jefe del Ejército de Operaciones del Norte, luego de la renuncia del general Erasmo Escala; y al mando de las tropas chilenas venció en la **batalla de Tacna**, el 26 de mayo de 1880. Además, ganó en las batallas de Chorrillos y de Miraflores, el 13 y 15 de enero de 1881, respectivamente.

A su regreso a Chile, Baquedano fue recibido de manera triunfal en Valparaíso y en Santiago, honrándosele con el grado de Generalísimo del Ejército.

En la elección presidencial de 1881 fue proclamado candidato por el partido Conservador; sin embargo, renunció a su candidatura, resultando elegido finalmente como presidente **Domingo Santa María**.

Baquedano fue elegido posteriormente senador por Santiago (1882-1888) y por Colchagua (1888-1894).

En 1889 viajó a Europa y a su regreso el presidente **José Manuel Balmaceda** le entregó el mando supremo de la nación, el 29 de agosto de 1891, permaneciendo en el cargo sólo dos días, ya que lo traspasó a la Junta de Gobierno revolucionaria.

Finalmente, falleció en Santiago el 30 de septiembre de 1897.

B) GUERRA CIVIL DE 1851⁸

Al concluir el decenio del gobierno del general Manuel Bulnes, Chile sobresalía como una república bastante singular entre sus turbulentas hermanas de Iberoamérica. No obstante, la paz interna fue perturbada en 1851 por un movimiento revolucionario que fue precedido por el motín de Urriola, prontamente sofocado por el gobierno. Recién había asumido el presidente Manuel Montt, cuando el general José María de la Cruz, vencido en las urnas en la elección presidencial, se alzó en armas contra el régimen, desatándose una lucha que, pese a que fue sangrienta, fue breve.

Es necesario explicar que cuando los conservadores accedieron al poder en 1830, los liberales no lograron resignarse y así se mantuvo dividida la sociedad chilena en dos bandos que resultaron ser muy antagónicos; situación que se manifestaría hasta la época del mandato del presidente José Joaquín Pérez. En medio de esta explosiva realidad, hubo un lapso de unidad nacional representado por la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, que sirvió como un elemento que apaciguó las pugnas internas.

Por otra parte, es indispensable reconocer que los decenios de los gobiernos de Joaquín Prieto y de Manuel Bulnes contribuyeron a ordenar administrativamente al país; y, sobre todo, durante el gobierno de este último se verificó un período de expansión de

⁸ En lo concerniente al detalle mismo de las maniobras militares de esta guerra hemos recogido lo dicho en VICUÑA MACKENNA, Benjamín, *Historia de los Diez Años del Gobierno de Manuel Montt*, El Mercurio, Valparaíso, Chile, 1863.

la república en lo económico, cultural, legislativo, militar, e incluso territorial, con la toma de posesión del Estrecho de Magallanes.⁹

Asimismo, las revueltas de 1848 en Europa, con el consiguiente cuestionamiento al antiguo régimen monárquico, tuvieron su réplica en Chile, pues reforzaron inesperadamente los postulados liberales que fueron agitados por Santiago Arcos y Francisco Bilbao; se fundaron entonces las primeras asociaciones de artesanos, verdaderos espacios creadores de conciencia ciudadana entre las clases sociales que hasta ese momento habían sido relegadas de los asuntos políticos.

A pesar de este último avance, la realidad mostraba que el sistema garantizaba la perpetuación en el poder del bando conservador, lo que llevó a la oposición a buscar, a través de una revolución, los cambios que le era imposible de alcanzar por los medios legales.

Así, el 20 de abril de 1851 estalló en Santiago un motín militar, cuando grupos de amotinados contrarios al gobierno intentaron impedir la toma de poder por parte del nuevo presidente Manuel Montt; y como Manuel Baquedano se encontraba de guarnición en el palacio de gobierno, a él le tocó combatir a los insurrectos, por lo que tuvo una decisiva participación en la **confrontación** con las fuerzas encabezadas por el coronel Pedro Urriola.¹⁰

Pero la agitación no cesó y con motivo de la próxima elección presidencial que debía verificarse en junio de ese año, y para la cual el gobierno había designado como sucesor del presidente Bulnes a Manuel Montt, sorpresivamente la oposición levantó una candidatura propia en la persona del general José María de la Cruz, a la sazón intendente de Concepción y general en jefe del Ejército del Sur, quien fue depuesto de su cargo ante su negativa de abandonar la contienda electoral.

Anticipándose al resto del país, la revolución estalló en La Serena el 7 de septiembre de 1851, asumiendo su dirección José Miguel Carrera Fontecilla y Benjamín Vicuña Mackenna, quienes se habían fugado de la cárcel de Santiago donde estaban prisioneros por su participación en el movimiento del 20 de abril.

Casi simultáneamente, el 13 de septiembre de ese mismo año se levantó contra el gobierno la provincia de Concepción, impulsada por Pedro Félix Vicuña, padre de Benjamín, e hijo del ex presidente provisional Francisco Ramón Vicuña; ambas provincias proclamaron al general De la Cruz como el legítimo presidente, procediendo a organizar sendos ejércitos con la finalidad de sacar del poder al recientemente elegido presidente Montt.

El general Manuel Bulnes, habiendo hecho entrega de la presidencia, asumió la jefatura del ejército de operaciones, resolviendo iniciar la campaña en dirección al sur, por considerar esa zona la más peligrosa desde el punto de vista militar; mientras que contra los amotinados del norte desplegó fuerzas secundarias capaces de contener algún avance sobre Santiago, para en una segunda fase someterlos definitivamente.

⁹ En lo referido a esta anexión del Estrecho de Magallanes con su correspondiente fundación del Fuerte Bulnes, hay que reconocer en ello la inspiración y visión geopolítica de nuestro Padre de la Patria Bernardo O'Higgins Riquelme, quien desde su exilio en Lima, Perú, influyó en los gobiernos de Chile para que concretaran prontamente la toma de posesión de este territorio austral.

¹⁰ EDWARDS, Alberto, *Historia del Gobierno de Manuel Montt*, Editorial Nascimento, Santiago, Chile, 1932.

Ahora bien, la noche del 13 de septiembre de 1851 estalló una revolución en la ciudad de Concepción contra la asunción de Manuel Montt como Presidente de la República. Este alzamiento fue encabezado por el general José María de La Cruz, quien desconoció así el proceso electoral y acusó fraude por parte de las autoridades de Santiago, centralismo que por cierto ya en esa época era un tema discutido en el país.

El general De la Cruz logró constituir un ejército de unos cuatro mil hombres, los que ocuparon las ciudades de Chillán y de San Carlos, tras sostener algunas escaramuzas en las que obtuvieron algunas victorias.

Finalmente, el 8 de diciembre de ese año se enfrentaron en la batalla de Loncomilla a las fuerzas oficialistas leales a Santiago, encabezadas por el general Manuel Bulnes. El enfrentamiento tuvo como resultado la derrota de los revolucionarios de Concepción.

Tras el fracasado motín del 20 de abril de 1851 y la muerte de su cabecilla, el coronel Pedro Urriola San Martín, los ideólogos de dicha asonada habían optado por la vía electoral para impedir el triunfo presidencial de Manuel Montt, para lo cual buscaron un líder del cual carecían y cuyo prestigio pudiera oponerse a la candidatura de Montt. De esta manera —y desechando la postulación presidencial de Ramón Errázuriz— ofrecieron la opción al general José María de la Cruz Prieto, intendente de Concepción, pues consideraron que reunía las condiciones de un caudillo militar.

Sin embargo, José María De la Cruz resultaba contradictorio para con ese perfil, porque, además de su adhesión a Bulnes, era un individuo conservador y muy devoto del orden, por lo que era difícil imaginársele encabezando una revuelta armada. De hecho, ya en 1845 había reprobado enérgicamente anteriores agitaciones políticas y en una carta dirigida a Bulnes le señaló: “El gobierno no debe tener el menor cuidado con esta provincia (Concepción) respecto de los asuntos políticos”.¹¹

No obstante, los opositores a Montt, más que buscar una figura que representara una alternativa a su candidatura, al parecer pretendían con esa postulación atraerse a Bulnes o, en el peor de los casos, inhibirlo de actuar ante su pariente y amigo.

Tras desembarcar el general De la Cruz en Valparaíso, en ruta a la capital, un incidente absolutamente circunstancial le causó profunda conmoción: su birlocho se cruzó en una posada en Casablanca con una carreta fuertemente custodiada, que conducía detenidos, y al destierro, a Bartolomé Mitre, Juan Bello y Manuel Bilbao, actores y gestores de los acontecimientos del 20 de abril de 1851. De la Cruz, que no presenció ese motín, se sintió afectado por la situación de los prisioneros, con quienes conversó extensamente.

En la capital se le recibió con muestras de regocijo, pese a lo cual el gobierno no se alarmó. Pero las presiones siguieron: damas de luto —encabezadas nada menos que por la viuda del general José Miguel Carrera— le visitaron en su domicilio; los alumnos del Instituto Nacional le aclamaron; y asistió a la sesión solemne del Congreso Nacional. Para mayor inquietud, en las elecciones presidenciales efectuadas el 25 y 26 de julio de ese año, se habló abiertamente del abuso y la intromisión del Ejecutivo.

Obviamente ganó Manuel Montt, por lo que los perdedores clamaron a De la Cruz para que actuara; y todo indica que este anciano general, y derrotado candidato presidencial, consintió. Así las cosas, cuando iba a embarcarse en Valparaíso para

¹¹ GONZÁLEZ COLVILLE, Op. Cit., pp. 335 a 337.

regresar a Concepción, recibió una nota del gobierno en la cual se le indicaba que había cesado en su cargo de intendente, pese a que antes había manifestado su deseo de dimitir, pero sin formalizar aún su renuncia. Esta destitución se sumó a los muy personales motivos para revelarse.

En Concepción, entretanto, se había encendido la chispa revolucionaria y lo mismo acontecía en el norte, siendo el impulsor ideológico Pedro Félix Vicuña, de destacada intervención en los acontecimientos que iban a precipitarse. En esos instantes, el crédito militar de los revolucionarios lo encarnaba el general Fernando Baquedano.

En cuanto José María De la Cruz desembarcó en Talcahuano, se le presentó Vicuña exigiéndole un perentorio pronunciamiento en favor de la revolución.

El general —ya entregado a los dramáticos vaivenes que le afectaron durante esa campaña— exigió, como condición previa, el concurso del regimiento de Cazadores de Chillán; enseguida, de manera insondable, se retiró a su hacienda de Peñuelas, situada al interior de Concepción, donde se encerró en un obstinado mutismo. Claramente, lo político no lo atraía y esas circunstancias eran para él un doloroso pie forzado.

Acosado por los acontecimientos, aunque convencido por la oratoria de Vicuña y de la llamada “Causa de la Libertad”, De la Cruz abandonó su lecho de enfermo y aceptó el cargo de jefe militar de aquella aventura revolucionaria. Todo indica que se sentía responsable ante quienes habían confiado en su candidatura. Un hecho lo grafica de cuerpo entero: al montar penosamente en su caballo, a causa de sus achaques, dramáticamente expresó: “Vamos marchando, no sé si a la tumba, o a la libertad”.

Paradójicamente, esta fuerza militar se dio a sí misma el llamativo nombre de “Ejército de los Libres”.

El 19 de septiembre, un día después de entregar la banda presidencial, el general Manuel Bulnes recibió el encargo del presidente Manuel Montt de partir hacia el sur, ya que a esas alturas las confusas informaciones provenientes de Concepción eran cada vez más alarmantes.

El vencedor de Yungay no vaciló en ceñir la espada para enfrentar a su pariente y estrecho colaborador de antaño; y en la elocuente proclama que dirigió a sus soldados, que nos ha servido para principiar el texto de esta investigación, señaló meridianamente su doctrina.

Bulnes, su Estado Mayor y sus oficiales emprendieron el viaje hacia el sur del país en una decena de birlochos contratados en Santiago; en una primera etapa llegaron a Nos y luego hasta Rancagua. En San Fernando recibió informaciones más precisas del alzamiento, además de las numerosas deserciones causadas por las proclamas de De la Cruz en Chillán, lo cual dificultaba la cohesión de las fuerzas estacionadas al sur del Maule.

Para conformar su fuerza contaba con la orden expedida al teniente coronel Silva Chávez, de reunírsele en el sur con el contingente que le proporcionaría la zona de Colchagua; con ese objeto, había hecho adelantarse al teniente coronel J. Antonio Yáñez para crear el Escuadrón de Lanceros. El resto del contingente habría de provenir de los cuerpos reclutados en las provincias centrales de Santiago a Ñuble. Por el momento, el Buin estaba destinado a la pacificación del norte y con ese propósito se dirigía a Valparaíso.

A su llegada a Talca, el 24 de septiembre, el general Bulnes se impuso que en Chillán el intendente había logrado reunir las fuerzas cívicas de su provincia: el Batallón Chillán recién creado, doce escuadrones de Cazadores a Caballo y un escuadrón de milicias de caballería de La Laja de sesenta plazas; y que se aprestaban a pasar a la margen norte del Ñuble, para concentrar sus fuerzas en San Carlos, como medida de seguridad.

El 26 de septiembre, el general Bulnes arribó a Talca, donde fue recibido con marcada indiferencia: “Ninguna de las demostraciones que habíamos recibido en los demás pueblos nos lisonjearon en este”, escribió al Presidente Montt.

Sin embargo, además de la cordial acogida del intendente Pedro Nolasco Cruzat, Bulnes tuvo la valiosa ayuda del comandante del Regimiento Talca, Santiago Urzúa Silva, quien adhirió calurosamente a la causa del gobierno junto a su cuerpo, cumpliendo una decisiva y valiente actuación en la batalla de Loncomilla. Urzúa era el dueño de las casas de Reyes, al oriente de Chocoa —actual comuna de Villa Alegre— las que, paradójicamente, sirvieron de reducto al ejército del general De la Cruz. Bulnes —ya apremiado por las circunstancias— intentó llegar a Chillán, pero hubo de desistir de su empeño a la altura de Longaví, retornando a Talca.

Desde esta última ciudad, Bulnes había solicitado el envío del Buin, de una brigada de artillería de seis piezas y pertrechos consistentes en 150.000 tiros a bala y de fogeo, 2.000 fusiles, 2.000 sables y \$ 100.000 para la comisaría; expresaba también el deseo de contar a su lado con la presencia del ministro de Guerra José Francisco Gana. Hacia Talca se dirigían, precisamente, además del 4° de Línea, dos compañías del Batallón Cívico de Rengo, mientras se ordenaba a los gobernadores de Rancagua, Rengo, Curicó y al intendente de Colchagua que apresuraran la compra de caballos. Se aprestó Bulnes para salir de Talca hacia la hacienda de Chocoa, para no volver atrás sino con la noticia de quedar pacificadas las provincias del sur.

En la hacienda de Chocoa, al sur del Maule y sobre el río Loncomilla, fueron reuniéndose a partir de los primeros días de octubre las tropas que formarían el Ejército gobiernista. Aunque Bulnes había viajado nuevamente a Longaví, las desertiones dentro de sus fuerzas lo llevaron a instalarse finalmente en Loncomilla, a fin de organizar su ejército y emprender una campaña en forma. De este modo, el día 3 de octubre empezó a levantar las tiendas en los terrenos ubicados al sur poniente de las actuales casas de Chocoa.

En ese fértil valle, Bulnes tuvo la acogida de su antiguo amigo y ex discípulo de Concepción, Manuel Gregorio García Ferrer, quien le ofreció las dependencias de sus amplias casas de Chocoa para hospedarse en ellas junto a su Estado Mayor, a lo que Bulnes accedió, instalando allí su cuartel general. Ya el 9 de octubre, Bulnes pudo pasar revista a un ejército cohesionado y con moral, porque la llegada de los refuerzos de Santiago les dio mayor fortaleza a sus tropas. El 20 de octubre se presentaba, finalmente, en el campamento de Chocoa el Regimiento Talca al mando de su comandante, Santiago Urzúa Silva. Todas eran fuerza de línea.

Una vez creado el cuerpo de Ingenieros y un hospital de campaña, Bulnes revistó sus tropas el 21 de octubre y pudo comprobar su satisfactorio estado de instrucción. Sin embargo, al estimar insuficiente la caballería, solicitó el envío de los escuadrones cívicos, antes de proceder a iniciar las operaciones. Se agregaron así, en las siguientes semanas, el 2° Escuadrón de Granaderos a Caballo y el regimiento de Caballería Cívica de Colchagua, con sus escuadrones de San Fernando. También se le envió la otra mitad del Buin.

Otra preocupación fue establecer contacto con aquellos que, leales al gobierno, se encontraban aislados en territorio araucano. Era un pequeño núcleo capitaneado por el sargento mayor José Antonio Zúñiga, quien pedía refuerzos para atacar a los revolucionarios por la retaguardia; el gobierno se los envió, con instrucciones de que se limitara sólo a neutralizar a los indígenas y que evitara que éstos engrosaran las filas enemigas.

Una goleta zarpó de Constitución con soldados y armas, pero, antes de que llegara a su destino, Zúñiga y toda su familia habían sido asesinados. La caída de este refuerzo en poder enemigo obligó a acelerar las operaciones.

El 2 de noviembre, día en que Bulnes iniciaba su marcha hacia el sur, su ejército se componía de 3.219 hombres.

De este conjunto de tropas eran veteranos los Granaderos, los Cazadores y los Lanceros de Caballería, que totalizaban unos 500 hombres. De la infantería, sólo el Buin era veterano y los demás eran cuerpos cívicos. Comandante General de la Caballería fue designado el coronel José Ignacio García y como Comandante General de la Infantería, el coronel Manuel García.

En Concepción el primer acuerdo revolucionario había sido disponer "que el General De la Cruz asumiría el supremo mando político y militar de la provincia de Concepción y de aquellas que sucesivamente fueran adhiriéndose a la insurrección". Aquejado de una seria dolencia se encontraba el general De la Cruz en su hacienda de Peñuelas y desaprobó la precipitación de los acontecimientos. El plan que había concebido consultaba el levantamiento de la provincia de Ñuble con los cazadores acantonados en Chillán, los que avanzarían hasta Talca para amenazar al gobierno en Santiago, conjuntamente con el Regimiento Carampangue que, transportado por mar, ocuparía Valparaíso. Pero las circunstancias serían diferentes: no sólo no se consiguieron los escuadrones de Chillán, sino que se perdieron también las fuerzas de caballería de Los Ángeles, debido a la hábil maniobra con que el teniente coronel Manuel Riquelme había desafiado las instrucciones del coronel Viel.

La provincia de Ñuble estaba a disposición de la revolución, pero no sus elementos militares.

La preocupación primordial de la junta revolucionaria fue la organización de sus fuerzas. Producida la desafección de los cazadores de Los Ángeles, no quedaba otra tropa veterana que el Batallón Carampangue y la Brigada de Artillería de Talcahuano.

El resto de las fuerzas debían proporcionarlo los cuerpos cívicos de la provincia de Concepción, cuyo número ascendía aproximadamente a 7.000 hombres. En materia de armas, la Guardia Nacional tenía 1.113 fusiles y el Carampangue varias piezas de artillería en Talcahuano y otras distribuidas en los fuertes de la región.

Se procedió a aumentar las fuerzas con las siguientes medidas:

- 1) Se comisionó al ayudante de la Intendencia, José Antonio González, para que creara un batallón de línea en Concepción.
- 2) Se acuarteló al Batallón Cívico de Concepción, denominado primeramente Batallón Cívico N° 1 y, posteriormente, Batallón Guías.

- 3) Se procedió a organizar una fuerza de caballería a base de veteranos retirados y de los más destacados miembros del escuadrón cívico, dotados con carabinas y con doscientos sables nuevos que se habían encontrado en el almacén militar de Concepción. Este escuadrón se puso bajo las órdenes de Ramón Lara y fue enviado a Maule en apoyo del coronel Domingo Urrutia, quien recorría dicha provincia con sus huestes en un vano intento por sublevarla.
- 4) Se encomendó a Eusebio Ruiz, antiguo oficial de caballería de los tiempos de la independencia, que organizase un escuadrón en los pueblos colindantes con la Frontera. Consiguió su objetivo antes de fines de septiembre, al reunir bajo sus órdenes a trescientos lanceros a quienes se les hizo entrega de las corazas que se habían encontrado en el arsenal de Concepción. Nació así el Regimiento Dragones de la Frontera.
- 5) Por su parte, el coronel Manuel Zañartu, fiel a su compromiso con De la Cruz, se aprestaba a reunir en Los Ángeles todos los efectivos del Carampangue, al que habrían de agregarse las milicias de Yumbel.
- 6) Por último, el general De la Cruz formó el Batallón de Línea Alcázar con los cívicos de Los Ángeles.
- 7) Se dispuso el arreglo de todo el armamento existente en los arsenales de Concepción y, contando con un grupo de mecánicos y armeros alemanes, se logró reunir equipo suficiente para 4.000 hombres.
- 8) A los 150 hombres que constituirían la artillería de Talcahuano, se agregaron 26 soldados extranjeros. Hacia el 25 de octubre, el ejército de De la Cruz ya estaba reunido en Chillán y se componía de 3.200 hombres.

Bulnes no quiso esperar a De la Cruz y decidió avanzar con sus fuerzas en su demanda. El 9 de noviembre llegaba a San Carlos bajo una torrencial lluvia, lo que dificultó el cruce del río Ñuble, sin vados utilizables. No obstante, mediante un ardid muy propio de su talento, engañó a De la Cruz con un amago de la caballería, e hizo que el ejército traspusiera el río por el vado de Nahueltoro. El 16 de noviembre marchaba ya hacia Chillán y el 18 acampaba en los cerros de Peña, donde dio descanso a sus tropas.

El 19 de noviembre, tuvo lugar en Monte de Urra un encuentro de las caballerías de ambos ejércitos, sin resultados definidos. El ejército de Bulnes se instaló en Chillán, mientras el de De la Cruz lo hacía en Los Guindos, cerca de la confluencia de los ríos Cato y Ñuble. Ambos esperaban refuerzos. A De la Cruz se le unieron 400 indios y 305 efectivos de caballería e infantería en la margen sur del río Chillán, hasta elevar su fuerza a cerca de 4.000 hombres.

De la Cruz, al ser advertido de los movimientos de Bulnes, trató de cerrarle el paso por Cocharcas; y tras algunas escaramuzas, en las que Bulnes dio renovadas pruebas de su capacidad militar, los dos ejércitos se avistaron en la madrugada del 19 de noviembre. Vicuña, en otro de sus arranques dramáticos, hizo firmar a De la Cruz una nota dirigida a Bulnes, en la que, después de señalarle la superioridad del “Ejército de los Libres”, le exhortaba a evitar el derramamiento de sangre, bajo la condición de declarar nula la reciente elección presidencial. Bulnes, sin embargo, no dio respuesta al mensaje y avanzó hasta el sector llamado Monte de Urra, nueve cuadras a extramuros de Chillán.

Ambos ejércitos formaron entonces una línea de batalla y cuando los escuadrones revolucionarios habían iniciado la carga al trote, recibieron la orden de detenerse y volver

a sus posiciones. Bulnes dispuso en ese instante que el comandante García efectuara un movimiento estratégico, que éste cumplió atolondradamente, cerrando el ángulo de ataque y provocando una verdadera cacería de De la Cruz en contra de los soldados gobiernistas; por lo que Bulnes debió ordenar una apresurada carga de la reserva para ayudar a su caballería y hacer retroceder al enemigo.

En forma casi tragicómica, la reserva adversaria de De la Cruz huyó en medio de la refriega y no pudo concretar un ataque que habría sido decisivo en ese momento. Bulnes permaneció así en su posición esperando la carga de los revolucionarios, aunque sabía que su antiguo subalterno jamás buscaría el combate en campo abierto; pero sus municiones se habían humedecido en el paso de Ñuble, no teniendo más de cuarenta tiros por hombre y, para peor, las personas de influencia de la zona y adictas al gobierno habían huido.

Comprendiendo Bulnes que su permanencia allí podía ser desastrosa, decidió repasar el Ñuble y volver a su campamento de Loncomilla; afortunadamente para él y los suyos, cuando alguien insinuó a De la Cruz que era el instante para dar el golpe de gracia a Bulnes, respondió con una frase enigmática: “Al enemigo que huye, puente de plata”.

C) LA BATALLA DE LONCOMILLA¹²

La batalla de Loncomilla, ocurrida el 8 de diciembre de 1851, en la que triunfaron las fuerzas del gobierno, puso término al conflicto. Seis días después, el general De la Cruz capituló.

En la tarde del 5 de noviembre, el ejército de Bulnes llegaba a los cerros de Bobadilla, junto al río Maule y de estratégica importancia durante la guerra de la independencia. Allí reorganizó sus fuerzas, planificó las acciones y se preparó para volver sobre De la Cruz, quien le seguía a prudente distancia y que, en la mañana del 6 de diciembre, acampaba en el molino de Loncomilla —entonces en construcción— ubicado donde hoy está el colegio de los Sagrados Corazones. El ejército revolucionario sesteó en las extensas arboledas que existían, en esa época, en la hacienda de Huaraculén, a continuación de las casas que pertenecen actualmente al diputado Osvaldo Palma Flores. Francisco Armanet —propietario en esa época—, quien era francés y neutral en la contienda, así como recibió a Bulnes, departió también con De la Cruz.

Al anoecer de aquel 6 de diciembre, el ejército revolucionario llegaba a las casas de Reyes, donde se atrincheraron.

Las casas de Reyes, ubicadas al oriente de Chocóa, eran en esa época la clásica edificación de las haciendas chilenas, rodeadas de paredes de gruesos adobes y con numerosas habitaciones flanqueadas por corredores. No obstante estas características, el general De la Cruz advirtió a primera vista su escaso valor estratégico y manifestó su desacuerdo con quienes le guiaron hacia aquel lugar. El general Domingo Urrutia y Juan Antonio Pando, conocedores de la zona, le sugirieron seguir avanzando hacia las cercanías de Bobadilla, a las casas de la propiedad de Baltierra, donde —se suponía— el ejército enemigo quedaría amagado y cruzaría el Maule. Sin embargo, se desconocía si

¹² Tanto en el panorama estratégico como en la situación táctica de esta batalla hemos seguido lo que a este respecto se señala en ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR, *Atlas Histórico Militar de Chile*, Santiago, Chile, 2010.

Bulnes ya había iniciado el ataque y, como se aproximaba la noche, se optó por acampar en aquellas casas y organizar la defensa.

Mirando a aquellas casas desde el norte, a su izquierda se ubicaba —como ya indicamos— la ramada de matanza —beneficio de animales— de la que aún quedan restos de su muralla. A su derecha, existe todavía la viña que, en un espacio de dos cuadras, separa los edificios del cerro de Reyes; éste, de unos 150 metros de altura. De la Cruz, obstinado en su creencia de que Bulnes no atacaría, desestimó mayores precauciones defensivas. Para dar firmeza a su idea, ordenó que se hiciera un reconocimiento de la línea enemiga hacia el norte, hasta la altura de lo que hoy es San Javier. Efectuó aquel movimiento el mayor Videla, quien recogió datos de campesinos del lugar, los que le aseguraron que nada habían visto. Con esa información volvió a Reyes, relajando aún más el ánimo de los revolucionarios.

En el cuartel de Bulnes, instalado en los cerros de Bobadilla, reinaba otro ambiente. El general, esquivo y silencioso, presentía —al igual que en la víspera de Yungay— la proximidad de momentos decisivos. Al atardecer del día 7 convocó a consejo de guerra, acordándose el ataque para esa noche. Un mensajero partió a Talca llevando la orden al intendente de organizar un hospital de sangre con capacidad para mil heridos.

Las razones por las que Bulnes decidió súbitamente atacar no están claras, y el propio general y sus más directos ayudantes nunca lo aclararon. Vicuña Mackenna supone una orden perentoria de Montt, o el persistente rumor que circulaba entre la oficialidad y las tropas, que atribuía la demora en iniciar las acciones al parentesco que existía entre ambos jefes.

A las once de la noche del día 7, un campesino informó a De la Cruz que Bulnes avanzaría contra ese campamento. El general revolucionario restó importancia una vez más al peligro, rehusó convocar a consejo de guerra y la única precaución que tomó fue construir andamios en las paredes de la ramada de matanza para ubicar fusileros.

A las cuatro de la mañana, cuando se instalaba en el patio de las casas de Reyes un altar destinado a oficios religiosos por la festividad de la Inmaculada Concepción, el lenguaraz Pedro Cid, quien era intérprete de los indígenas, advirtió la presencia de las avanzadas de Bulnes y galopó hacia el campamento crucista dando a gritos la alarma. En el colmo de su indecisión, De la Cruz —que atribuyó aquel movimiento a un efecto distractivo del general gobiernista para atravesar el Maule, lo cual era absolutamente innecesario por la distancia existente— se adelantó junto al general Domingo Urrutia y a Pedro Félix Vicuña para reconocer el terreno. Durante largo rato enfocó su anteojo a la luz de la luna, sin mostrar ningún tipo de reacción. Tanto fue, que Vicuña debió obligarlo a retirarse, por cuanto ya estaban al alcance del fuego enemigo.

Si De la Cruz cometió un grave error al encerrarse en las casas de Reyes, su segunda equivocación de importancia correspondió a las medidas defensivas que tomó para la batalla que se aproximaba, dados los inconvenientes naturales que ofrecía el terreno.

Su primer problema fue cubrir el frente norte de las casas, en una extensión de dos a tres kilómetros, entre los escarpados barrancos de Loncomilla y los bosques de pataguas que existían —bastante frondosos en esa época— hacia el oriente de los edificios. Además, tanto él como su Estado Mayor habían cometido la imperdonable omisión de no reconocer el terreno adyacente a su campamento, lo que iba a significar un verdadero

descalabro para su caballería. En contrapartida, el general Bulnes conocía palmo a palmo los territorios de Chocó y Loncomilla, situación que aprovecharía convenientemente.

La primera orden de De la Cruz fue que el general Fernando Baquedano —quien aún no hacía ensillar las cabalgaduras de su escuadrón— defendiera el ala izquierda de las casas, a fin de impedir que Bulnes flanqueara por ese sector, que era el amplio terreno abierto entre las fortificaciones y el río.

Como los restantes jefes no recibieron oportunamente las instrucciones y el tiempo apremiaba, el Carampangue se alineó frente a las paredes de los edificios en posición de combate, cubriendo el poniente y el camino por donde debía necesariamente avanzar la infantería de Bulnes, en cuya entrada se colocaron dos piezas de artillería.

Las cuatro compañías del regimiento Guías se ubicaron, a su vez, en el flanco izquierdo, entre las casas y el cerro de Reyes, donde además se emplazaron otros cuatro cañones. Era el territorio que debía proteger Baquedano con su caballería. Las compañías de cazadores del Carampangue y del Guías defendieron el oriente del edificio, en una viña que aún existe. Aquella distribución de fuerzas dejó desprovisto de todo resguardo el sector ubicado entre el cerro de Reyes y las casas. Mientras tanto, en el interior de la ramada de matanza, tomó ubicación el batallón Alcázar con los fusiles por sobre las murallas. Hacia el sur se instaló el regimiento Lautaro, tendido al pie de los muros.

Para hacer todavía más desafortunada aquella errada estrategia, De la Cruz dejó en la reserva las cinco compañías del Carampangue, además de otra del Guías, lo cual debilitó considerablemente las fuerzas revolucionarias.

Las piezas de artillería —de nula significación en el combate— se instalaron hacia el frente de la línea de ataque (dos cañones) y dos más se colocaron a la derecha.

Un vistazo general de aquellas disposiciones permite apreciar que De la Cruz solo atinó a defenderse en el interior de las casas, cifrando pocas esperanzas en la carga que podía efectuar su caballería. Esta planificación dejaba a Bulnes el campo libre para atacar, replegarse, volver a la carga y así indefinidamente, convirtiendo al combate en un sitio para las fuerzas revolucionarias.

El experto ojo militar de Bulnes advirtió de inmediato aquella desafortunada estrategia defensiva del enemigo y dispuso de tres ataques que, en forma coordinada, debían acometer sobre las casas de Reyes. El más recio, indudablemente, era el dirigido al centro de la eventual fortaleza, cuyas fuertes paredes eran un parapeto excepcional. De igual manera, entendió Bulnes que la caballería tenía que actuar en el costado derecho, en el ancho campo que se extendía hasta el río. Finalmente, se dio cuenta de que entre las casas y el cerro había quedado un espacio sin cubrir y ordenó que se envolviera por ese sector a los revolucionarios.

Como se señaló, salvo la caballería que iba a actuar en forma más libre, el resto del ejército de De la Cruz quedó encerrado y enclavado en su reducto.

En consecuencia, dispuso Bulnes que el batallón Talca —al mando del esforzado comandante Santiago Urzúa Silva—, el cívico de Chillán —al mando de Del Canto— y el Colchagua —a las órdenes de Torres—, todos apoyados por el Buin, marcharan de frente sobre las casas por el camino real que desembocaba en perpendicular con las edificaciones.

A renglón seguido, el talento táctico del vencedor de Yungay hizo aún más desesperada la situación de los crucistas, cuando ordenó a los Lanceros de Colchagua y a una columna de cazadores que se adelantaran por el espacio libre entre las casas y el cerro, y se ubicaran a retaguardia de las fuerzas revolucionarias, encerrándolas entre dos fuegos.

En la reserva quedaron, por su parte, los batallones Santiago, que mandaba Santiago Amengual, y el Rancagua.

Los sargentos mayores Escala y González quedaron a cargo de la artillería, en una posición de fuego discrecional en apoyo del centro a los flancos.

El general De la Cruz, encaramado en el techo de las casas de Reyes, observaba con su anteojito de larga vista aquellos preparativos.

No obstante, la única preocupación de Bulnes era su desmejorada y deficiente caballería, cuyos fatigados y maltrechos jinetes y animales, pocas esperanzas permitían abrigar en un combate a campo abierto. Sin embargo, llegado el instante del encuentro, supo Bulnes salvar la situación.

A las 6:30 horas de la mañana, Bulnes ordenó el ataque en el preciso instante en que uno de sus hombres —interpretando erróneamente el movimiento de la caballería enemiga— informó al general que De la Cruz intentaba huir atravesando el Loncomilla, lo cual apresuró el ataque sobre las casas para cortar su retirada.

Al ver aproximarse el Buin a las casas, De la Cruz, desde su puesto de mando en el tejado, dio la orden de fuego y la artillería arrasó con las filas del regimiento que mandaba el mayor Cesáreo Peña y Lillo, abriendo una profunda brecha y llevándose por delante cerca de cuarenta hombres, entre ellos a su valeroso comandante que cayó por obedecer la absurda orden de Rondizzoni, quien dispuso marchar en línea sin protección sobre el enemigo.

Disuelta la formación del Buin, los soldados se metieron en los potreros vecinos, cubriéndose tras los álamos y disparando fuego graneado sobre las paredes erizadas de fusiles. El regimiento Guías, por su parte, al mando de Guzmán Videla cargó a bayoneta calada sobre las casas, aplastando contra las murallas a los defensores crucistas, los cuales fueron prontamente superados por los soldados de Bulnes. Entretanto, en el patio, la reserva revolucionaria esperaba impaciente entrar en acción.

Desesperado por aquella situación, Alemparte se encaramó hasta el puesto de mando de De la Cruz, para exigirle la orden que permitiera a la reserva ayudar a los combatientes; sin embargo, cuando se equilibraba en el tejado, advirtió que Bulnes había copado todos los accesos con sus fuerzas y estaban prácticamente rodeados. Paralizado, De la Cruz no atinaba a resolver nada.

Tras una vacilación que pareció siglos para los desesperados ayudantes del general revolucionario, éste vislumbró la posibilidad de romper el encierro y abrir uno de los flancos, ordenando cargar a la caballería que esperaba al mando de Baquedano, en el sector oriente de las casas.

La embestida bien podía llevarse por delante de los desmembrados batallones y que De la Cruz advertía desde el techo de las casas, por encima de los lomajes donde se ubican hoy las viviendas de la Loma de las Tortillas, actual comuna de Villa Alegre.¹³

Sin embargo, entre la idea inicial de De la Cruz y la concreción de la carga, hubo nuevamente toda suerte de dudas y vacilaciones. En primer lugar, el general Fernando Baquedano, de cuyo arrojo no hay sombra de sospecha, frenó bridas antes la primera orden que le hizo llegar el general revolucionario —a través de un joven ayudante de Alemparte—, sea porque no conocía el terreno en el cual debía maniobrar con sus novecientos jinetes, sea porque el viejo soldado entendió que su espada iba a cruzarse con la de Bulnes en persona, de cuya capacidad y sagacidad militar nadie hacía la menor cuestión.

Lo cierto es que los minutos pasaban y la carga no se producía. El propio Alemparte, exasperado, bajó del techo de las casas, conversó con De la Cruz y corrió junto a Baquedano, quien le hizo saber lo riesgoso de la maniobra —por el espacio insuficiente—, pese a la inferioridad de la caballería enemiga. Una mirada sobre los campos permitía advertir las cercas, árboles y canales que dificultaban en extremo el movimiento de los caballos.

Pero, reiterada la orden, Baquedano solo pudo disponer una línea de ataque, que encabezó el regimiento al mando de Eusebio Ruiz, dejando a los restantes escuadrones para que protegieran la retaguardia. Luego, tras una encendida arenga de Alemparte, se dio por iniciada aquella desgraciada acción de las fuerzas crucistas.

Bulnes, en el intertanto, no perdía el tiempo, por cuanto se había percatado de los movimientos producidos en los alrededores de la caballería revolucionaria y presintió que la embestida vendría en cualquier momento. Su preocupación por la escasa capacidad de sus hombres —pese a su valor—, le hizo discurrir apresuradamente algún plan que permitiera evitar el contraste. A la distancia, pudo ver que el escuadrón de Eusebio Ruiz estaba listo para cargar, por lo que ordenó al coronel García tomar posiciones defensivas. Los jinetes gobiernistas se alinearon dando la espalda al caudaloso Loncomilla. Avanzaron luego hasta trasponer la hondonada que forman los cauces de los actuales puentes gemelos. Los vacilantes movimientos de su menguada caballería aumentaron la desazón de Bulnes. En ese instante, surgió otra vez la chispa de su genio estratégico: cuando ya sus hombres iniciaban el trote para enfrentarse a las fuerzas de Baquedano, ordenó detener el avance, e hizo instalar dos piezas de artillería¹⁴, apuntando al lugar donde debía producirse el choque frontal, disponiendo que se disparara en el momento oportuno sobre la caballería enemiga. Luego, como en los días de Maipú y Yungay, desenvainó su espada, se despojó de su poncho oscuro y se ubicó al frente de sus hombres.

En ese instante, al percibir la maniobra de Bulnes, el escuadrón de Eusebio Ruiz se detuvo —demasiado tarde y ya muy cerca—, siendo un blanco perfecto en la artillería, cuyos primeros disparos se llevaron por delante una fila entera, incluyendo a su comandante. Los caballos y hombres se convirtieron en obstáculos para los que venían detrás, provocando la caída de cientos de jinetes crucistas, antes que ambos regimientos alcanzaran siquiera a juntar sus espadas y lanzas. Un segundo disparo hirió gravemente al general Fernando Baquedano en una pierna y debió ser retirado del campo de batalla.

¹³ Aproximadamente a la altura de los actuales “puentes gemelos”, en el camino a Constitución.

¹⁴ Se trataba de obuses.

Muerto Eusebio Ruiz y malogrado Baquedano, sucedió lo que cabía esperarse de tropas sin moral y reclutadas forzosamente: la mayoría de los soldados torció riendas y huyó del campo de batalla, en una dispersión que no pudieron evitar las voces de los oficiales.

El regimiento de Zañartu, por su parte, hacía desesperados esfuerzos por acercarse al lugar del combate, salvando el ancho cauce que corría hacia el Loncomilla, conocido como estero de Barros Negros y que, en esa época, formaba una escarpada altura al llegar al sector de los actuales puentes. Sin embargo —una vez más se pagaban las consecuencias por no reconocer el terreno—, los caballos no lograban subir las pendientes, agolpándose sin avanzar. Entretanto, los hombres de Bulnes, supliendo con el valor de su heroico jefe su desmejorada condición, atacaron y sablearon denodadamente a los confusos soldados crucistas.

Las deserciones de los crucistas lograron ser frenadas, en parte, por el comandante Martiniano Urriola, quien, haciendo prodigios de valor, reunió un contingente de soldados suficientes para ordenar una reacción; pero, al aparecer un escuadrón de fusileros de Bulnes, tuvo la desafortunada idea de replegarse hacia el Loncomilla, donde, presionados, optaron por lanzarse al río con la esperanza de salir por la orilla poniente. Pero los escarpados barrancos, rocosos y desprovistos de apoyo, impidieron salvar el cauce. Estorbados unos con otros, espantadas las cabalgaduras y recibiendo un nutrido fuego de fusilería, no menos de cuatrocientos hombres y animales murieron en las aguas torrentosas del Loncomilla, más aún en aquella época, cuando era fácilmente navegable hasta el Maule.

Eran ya las diez de la mañana y en el lapso de cuatro horas las fuerzas de De la Cruz habían sido vencidas tanto por el talento militar de Bulnes, como por la sucesión de errores y desaciertos que caracterizaron las acciones de los revolucionarios. La espada de Bulnes era seguida con fervorosa mística por sus soldados, mientras que en las filas rebeldes desde el primer instante surgieron las deserciones, el descontento, la intriga dentro del propio Estado Mayor de De la Cruz y la absoluta incompreensión de las verdaderas razones por las que se combatía.

Entretanto, sin orden, tenazmente, olvidados de sus oficiales —y confundidos con estos— y dejando a un lado cualquier táctica, los restantes soldados gobiernistas atacaron ferozmente a las casas de Reyes, convertidas en un lugar erizado de fusiles que asomaban por sobre las murallas y por cada orificio donde cupiera un cañón. Una y otra vez los oficiales intentaron ordenar una retirada, para organizarse y planificar alguna acción coherente, pero fueron desoídos. Se llegó a la pelea cuerpo a cuerpo, sin armas, perdida ya toda noción del arte militar.

Cuatro o cinco horas duró este ataque sin resultados positivos. Bulnes, exasperado por aquella situación que minaba la moral de los soldados y que llegaba a producir deserciones, ordenó al mayor Erasmo Escala intentar demoler, o incendiar, con la artillería las casas de Reyes, a la vez que indicó al capitán Villalón que efectuase una carga sobre la plaza sitiada, en un intento por tomarla.

Al parecer, el mayor Escala logró su objetivo, por cuanto, instantes después, desde el techo de los edificios salían llamas y una densa humareda que obligó a los revolucionarios a sacar cueros de vino y chicha de la bodega para apagar el incendio.

Hasta ese instante —ya dramático para el ejército revolucionario—, De la Cruz aún no decidía utilizar la reserva.

Por fin, después de no pocos esfuerzos, el coronel García logró cumplir la orden de Bulnes de sacar a los soldados del sitio de Reyes y hacerlos formar detrás de una loma, frente a las casas. En ese instante, resurgió vigorosamente el humo del incendio, acompañado de grandes llamaradas.

Súbitamente, sin mediar circunstancia alguna, los soldados de Bulnes volvieron la espalda y corrieron hacia el Maule, dejando fusiles y vestuarios en el camino, en una deserción que no lograron contener los oficiales a cargo, ni el propio Bulnes, que les apostrofó en voz alta, siguiéndolos en su caballo.

Agotados por aquella lucha interminable, los hombres buscaron el camino hacia sus hogares, creyendo que ya estaba todo concluido.

Con no pocos esfuerzos logró Bulnes juntar a los escuadrones dispersos y rápidamente se trasladó a los cerros de Bobadilla, donde repartió armamento y levantó los ánimos para la carga final.

El general De la Cruz, entre tanto, en vez de ordenar la inmediata persecución del ejército gobiernista, se tomó un relajado descanso, suponiendo que la victoria era definitiva. El parte que redactó en Chocoma, a las tres de la tarde del día 8 de diciembre define claramente su errada impresión: “El ejército enemigo ha venido a atacarnos en nuestro campamento y ha sido derrotado...”.

Tras diez horas que fueron preciosas para Bulnes, De la Cruz avanzó hacia Bobadilla en un reconocimiento táctico y envió a un ayudante a decir a Zañartu —que quedó reorganizando las fuerzas— que apurara la venida de las tropas. La respuesta que le trajo su asistente hubo de derrumbarle definitivamente.

Zañartu informaba que los soldados se habían embriagado y no estaban en condiciones de combatir. Anonadado, De la Cruz retornó a las Casas de Reyes, ya malditas para él.

La actitud de Zañartu, en todo caso —y al margen de la situación de desmedro en que le colocó su respuesta, que él intentaría justificar años más tarde— parece lógica, dado el cariz de los acontecimientos. En primer lugar, las deserciones aumentaban. De la Cruz se sumía cada vez más en su aturdimiento mental que hacía impredecibles sus decisiones y, como si todo aquello no fuera suficiente, el genio de Bulnes era una piedra granítica contra la cual se había estrellado reiteradamente, por lo que la utópica victoria que pregonaba el general revolucionario parecía, a todas luces, lejana.

En el Estado Mayor rebelde cundía la idea de que era necesario aprovechar aquel instante de indecisiones para llegar a un tratado con el general Bulnes y poner fin a la guerra. El propio De la Cruz se haría luego parte de ello.

Todo el día 9 de diciembre, el general rebelde lo pasó encerrado en un taciturno estado. Una larga conversación con su Estado Mayor lo llevó finalmente a aceptar entrar en convenios con Bulnes, pero, cuando se lograba el acuerdo, este ya marchaba nuevamente con su ejército reorganizado sobre las casas de Reyes.

Para apresurar los acontecimientos, se designó parlamentario por parte de los revolucionarios a José Hermógenes de los Álamos, quien salió al mediodía del 10 rumbo a los cerros de Bobadilla. Por este negociador, Bulnes supo que las fuerzas de De la Cruz eran superiores a las suyas y, a su vez, encomendó a Manuel Antonio Tocornal que

acudiera a tratar las bases de un acuerdo con aquél, pero excluyendo a Vicuña y a los civiles que influían sobre el general rebelde.

Metidos en las casas de Reyes los restos de la división revolucionaria, y privados ya de toda iniciativa por la falta de caballería, no les quedaba otro camino que el de una retirada difícil y peligrosa, pero siempre posible, mientras conservaran contacto con el río Loncomilla. Las ilusiones no se habían desvanecido del todo en el campo de Cruz. Hablaban los reclutas de ir a beber agua al Maule y el eterno optimismo de Pedro Félix Vicuña se sorprendía de no ver ya al ejército en camino de Talca.

Muy de otra manera pensaban los militares comprometidos en la revolución, los que, mejores jueces en asuntos de guerra, e interesados además en salvar la catástrofe, sólo querían la capitulación honrosa. Bulnes, por su parte, estaba muy dispuesto a acordárselas temeroso de que Cruz, retirándose al sur, iniciara en la Frontera una campaña de recursos tan larga y desastrosa como la emprendida por Vicente Benavides treinta años atrás.

Cundía entretanto la desmoralización en el estrecho campo revolucionario. Los jefes sólo hablaban de capitular y la tropa, aterrorizada por el sangriento espectáculo que la rodeaba, no parecía en ánimo de batirse nuevamente.

La conferencia de ambos, en una pieza de las casas de Reyes, tuvo ribetes que evidenciaban la profunda crisis que vivían los jefes del ejército revolucionario. Apenas iniciadas las conversaciones sobre los puntos exigidos por Bulnes en nombre de Montt, el general Urrutia envió un mensaje a De la Cruz comunicándole que una compañía de Bulnes había desertado. De inmediato, las posiciones de los revolucionarios se endurecieron, poniéndose como condición la renuncia del Presidente de la República y que el consejero de Estado más antiguo ocupara el mando, mientras se convocaba a nuevas elecciones. Como era lógico, Tocornal puso término a las conversaciones y retornó al campamento gobiernista.

La noticia del fracaso del avenimiento corrió como reguero de pólvora por el campamento crucista, consternando los ánimos. Hasta el último soldado entendió que continuar la guerra era un suicidio colectivo. Los rumores de rebelión contra De la Cruz se cernieron sobre Reyes. En esos tensos instantes desertaron el mayor Alcázar y el capitán González, y aunque De la Cruz ordenó perseguirlos y fusilarlos, pudo advertir que el ánimo de sus fuerzas no era el mejor.

En un acto desesperado, el general hizo tocar llamada para vadear el Loncomilla y, avanzando por su ribera poniente, caer sobre Talca, donde se suponía estaba el material bélico del ejército gobiernista. Justo cuando se ejecutaban los preparativos, los centinelas dieron aviso que se acercaba Bulnes con sus fuerzas. Inmediatamente desertaron varios oficiales y soldados del Carampangue. Sostiene Alberto Edwards que, si De la Cruz hubiera logrado pasar el Loncomilla, habría puesto en jaque a Bulnes. Una vez más, Zañartu se negó a hacer valer su autoridad sobre los fugados, temiendo ser muerto por ellos.

Bulnes, en realidad, no deseaba atacar, pero sí presionar a De la Cruz para forzarlo a firmar un tratado y terminar aquella lucha que se alargaba demasiado. El general rebelde, por su parte, logró cruzar el río por el vado del Prado —hoy puente de Loncomilla— con un contingente no superior a los 460 hombres, considerando los oficiales. Totalmente deshecho, marginando a los seudorrevolucionarios de Vicuña y su camarilla, De la Cruz solo aspiraba a un pacto honroso y envió nuevamente a José Antonio Alemparte Vial, jefe de su Estado Mayor —y también pariente de Bulnes— a

gestionar un tratado con el general, quien había retornado a su alojamiento de Chocoa. A las cinco de la tarde del 11 de diciembre, Alemparte salió rumbo a Chocoa siendo recibido con afecto por Bulnes, quien incluso bromeó con él, diciéndole que llamaría a “dos niñas bonitas” (Tocornal y García Reyes), quienes estaban hospedados en las casas de Gregorio Cruzat (hoy propiedad de Patricio García Astaburoaga), ubicadas casi al frente de Chocoa.

Alemparte alojó también en estas casas en la noche del 11 al 12 de diciembre.

Tras almorzar amigablemente, en la tarde del 12 de diciembre se inició la redacción del tratado. Estaban ya casi terminados los borradores, cuando el propio De la Cruz llegó a las casas trayendo un mensaje firmado por él, en el cual comunicaba a Bulnes que sus tropas se habían sublevado al conocer las negociaciones y no le era posible responder por su control. Bulnes, hábil militar y mejor político, respondió de inmediato al general que, en esas condiciones, no podía continuar con el tratado y le obligaba a reiniciar las acciones para imponer el orden. El oficio terminaba con una irónica nota en la que le señalaba que, si tanto él como los oficiales temían por su vida por la rebelión, acudieran a buscar refugio en su campamento “donde encontrarían todas las consideraciones que les corresponden”.

El 13 de diciembre, Alemparte llegó al cuartel general de De la Cruz, establecido en la hacienda de Carrizal, llevando consigo los papeles con el tratado. En su contenido, no obstante amnistiarse a los soldados y oficiales comprometidos, se reconocía la derrota y total rendición de los sublevados. A los civiles no se les mencionaba entre las garantías. Leídos y analizados por todos los jefes, al anochecer de ese día 13 Alemparte galopó de nuevo a Chocoa llevando la aceptación del acuerdo de parte de los sublevados.

En la madrugada siguiente —y continuando por el actual camino a Cauquenes—, el ejército revolucionario efectuó la última etapa de su peregrinación, ya sin destino, hacia el sur. Cerca de las once de la mañana del 14 de diciembre, acampaban en las casas de la hacienda de Santo Toribio, en el sector de Santa Rosa de Purapel. Allí permanecieron en espera de la vuelta de Alemparte.

Al amanecer del 15 de diciembre, llegó el negociador de De la Cruz trayendo los papeles con el tratado ya firmado por los plenipotenciarios García Reyes y Tocornal, y que fueron ratificados por Bulnes.

El general no quiso aprobarlos por sí solo y convocó en una junta de guerra a los escasos oficiales y civiles que integraban su disminuido Estado Mayor. Estuvieron allí el general Urrutia, el coronel Zañartu, el teniente coronel Saavedra, el teniente coronel Urriola, el teniente coronel Lara, el mayor Apolonio y Pedro Félix Vicuña, civil a quien, De la Cruz, sin mayor trámite, le había dado los galones de coronel.

En un espacioso granero de dos piezas y sobre una desvencijada mesa, De la Cruz dio a conocer el tratado a su auditorio.

La discusión fue larga y enconada. Vicuña alegó la ninguna garantía dada a los civiles, mientras que Zañartu era partidario de firmar cualquier capitulación que pusiese fin a la guerra. Esto provocó un áspero intercambio de palabras entre ambos. Vicuña pronunció un encendido discurso lleno de románticos ditirambos ya absolutamente fuera de lugar. De la Cruz, molesto, se paró de la mesa y arrojó los tratados al suelo, manifestando que no los firmaría mientras se negaran las garantías a los civiles. Con esa posición, otra vez Alemparte galopó de nuevo hacia Chocoa.

Bulnes, entretanto, alarmado por las deserciones de las fuerzas crucistas y previniendo que el mando revolucionario fuera incapaz de imponerse, levantó el campamento que aún mantenía en Bobadilla y buscó un vado para atravesar el Loncomilla y amagar al maltrecho ejército rebelde en la banda poniente del río. En su trayecto por el camino carretero que hoy une a San Javier con Villa Alegre, cruzó nuevamente por Barros Negros, donde peones al mando de Luis Montesinos, mayordomo de Francisco Encina Echeverría —abuelo del historiador—, enterraban los cientos de cadáveres en fosas que se abrieron a ambos lados del camino. Pasando por los cerros de Loncomilla, entraron al caserío que se conocía ya como Villa Alegre y siguiendo por Rincón de Lobos (actual Malaquías Concha), cruzaron por el antiguo vado de Arévalo, frente a Batudahue (hoy balsa el Peumo), continuando hacia Carrizales.

Informado Bulnes por Alemparte de las condiciones exigidas por De la Cruz, el general no tuvo problema en asegurar inmunidad a los civiles que militaban en el bando revolucionario. Sacado en limpio en las casas de Chocoa, firmado por García Reyes y Tocornal, y ratificado por Bulnes, Alemparte hizo otra jornada a caballo hasta Purapel, donde De la Cruz aceptó definitivamente lo acordado.

El 15 de diciembre, Bulnes tomó posesión del campo rebelde y después de incorporar al Regimiento Buin los soldados veteranos del Carampangue que le fueron entregados, hizo desarmar y remitir a sus hogares a los demás individuos llamados al servicio por la revolución.

El 16 de diciembre, antes del mediodía, previo cordial saludo de Bulnes y De la Cruz, se firmó el tratado en la hacienda de Santo Toribio de Purapel. Convino Cruz en aceptar las condiciones del vencedor y quedó suscrito el tratado, o mejor dicho, la capitulación de Purapel.

El general de la Cruz, por sí y a nombre de los individuos bajo su mando, reconocía la autoridad del presidente Manuel Montt; entregaba al General Bulnes sus fuerzas militares y se comprometía a ordenar el desarme de las montoneras que hostilizaban al gobierno en el término de ocho días para las provincias ubicadas entre Concepción y Colchagua, y en el de quince días para el resto de la República. El General Bulnes, en cambio, recibió a los militares revolucionarios con los grados que tenían conferidos por el gobierno y les aseguraba que no serían perseguidos por su conducta política, comprometiéndose además a recabar de los poderes públicos una ley de amnistía en favor de las personas comprometidas en los últimos acontecimientos.

“Por mi parte —escribió Bulnes al ministro de Guerra, el 17 de diciembre de 1851— me asiste una verdadera satisfacción de haber podido terminar la compañía de que fui encargado, con un acto en que la benignidad del gobierno y de sus agentes va a curar las heridas profundas que la anarquía había causado al país, única solución, por otra parte, que es posible tengan las guerras entre hermanos.”

El general José María de la Cruz estrechó por última vez la mano de su primo Manuel Bulnes en la tarde del día 16, después de almorzar juntos. Al despedirse y retornar a su hacienda de Peñuelas, en Concepción, le asistía aún la última convicción de que su derrota había sido un hecho meramente eventual, idea que mantuvo hasta su muerte, ocurrida veinticuatro años más tarde, en 1875. En un oficio dirigido al intendente de Ñuble y firmado en Purapel el 17 de diciembre de 1851, manifestaba haber estado obligado a iniciar un tratado en el que no se habían obtenido mayores ventajas respecto de la situación en que se hallaba la República antes de la guerra: “Pero un tratado era una necesidad a que había sido reducido a pesar de hallarme con la fuerza suficiente para

continuar la guerra [...] Al firmar ayer el tratado y volver a la vida privada, he sentido desprender de mí un terrible peso que no era fácil soportar.”

El jefe de Estado Mayor, coronel José Rondizzoni, salió inmediatamente a tomar el mando de la provincia de Concepción; y el coronel José Ignacio García fue despachado a la de Ñuble con igual objeto. Así quedó restablecido en todo el sur el régimen legal.

D) LA PARTICIPACIÓN DEL CAPITÁN MANUEL BAQUEDANO EN ESTA BATALLA¹⁵

Focalizándonos en el protagonista de este trabajo, podemos recordar que en esta insurrección de 1851 el capitán Manuel Baquedano servía como ayudante de campo del ex presidente, general Manuel Bulnes, quien —como ya hemos dicho— había asumido el mando de las tropas leales al orden institucional. Y fue con su innegable valor que logró salvar la vida de su jefe en la batalla de Loncomilla, siendo calificado por éste como un excelente oficial y ascendido a sargento mayor de la Escolta Presidencial de Manuel Montt.¹⁶

Más aún, debe reiterarse que en esta revuelta se vio en posiciones contrarias a su padre y a su hermano Eleuterio, a la sazón capitán del Regimiento Guías, sin que eso complotara su lealtad con el gobierno, ni afectara su relación familiar.

En efecto, en este combate decisivo de la Revolución de 1851 se produjo una situación de gran dramatismo. Junto a los efectivos gobiernistas, como ayudante del general Bulnes participó en la contienda el oficial Manuel Baquedano, en tanto que en el bando de los revolucionarios combatía su padre, el general Fernando Baquedano, quien fue herido durante las operaciones. Ambos se mostraron a la altura de las circunstancias. El padre, al imponerse de la actuación que realizaba su hijo en las filas de su respectiva unidad, se limitó a decir: “¡Que cumpla con su deber!”. El hijo, al concluir la lucha, y superando las diferencias anteriores, pidió el permiso de rigor y acudió solícito a auxiliar a su padre. Este acto, según Encina, refleja con mucha fidelidad la fisonomía moral del héroe.¹⁷

Ahora bien, en medio de la refriega, Bulnes libró milagrosamente de ser muerto por un lanzazo enemigo. Encina describe la escena dándole un carácter aislado. Sin embargo, el hecho tiene circunstancias de mayor trascendencia, en cuya salvada tuvo, precisamente, una decidida participación Manuel Baquedano.

Según la relación de García Ferrer, el ataque al general Bulnes fue planificado por un oficial del regimiento de Los Ángeles, de apellido Reyes, fallecido en la batalla y que profesaba odio al general. Para ello, encargó la siniestra misión a cuatro soldados, quienes eligieron la carga de Barros Negros para ubicar a Bulnes y perpetrar el atentado. Un lanzazo pasó cerca del vientre del ilustre soldado y lo desvió de la montura. Antes de reponerse el atacante, un sablazo de Bulnes dio por tierra con él, mientras que Manuel

¹⁵ Hemos tomado en cuenta afirmado acerca de este tema en ENCINA, Francisco Antonio y CASTEDO, Leopoldo, *Resumen de la Historia de Chile*, 9ª edición, Editorial Zig-Zag, Santiago, Chile, 1953-1954.

¹⁶ GONZÁLEZ AMARAL, Rafael, *Baquedano. Controversias sobre un General invicto*, Academia de Historia Militar, Santiago, Chile, 1ª reimpresión, 2018, p. 22.

¹⁷ ENCINA, Francisco Antonio, *Historia de Chile*, Tomo XVII, Editorial Nascimento, Santiago, Chile, 1951, p. 177; en HÜBNER GALLO, Op. Cit.

Baquedano, colocado a la espalda de su jefe, detuvo y abatió a otro agresor, haciendo huir a los restantes.

Militaba también en el ejército revolucionario otro hermano del ayudante de campo del general Bulnes. Era este el bizarro joven Eleuterio Baquedano, capitán de la compañía de Granaderos del Guía, que entró al fuego cuando la batalla estaba ya avanzada y se distinguió particularmente en la persecución que el comandante Saavedra hizo al enemigo.

Ocurrió un lance muy llamativo con el General Baquedano algunos días antes de la batalla de Loncomilla.

Presentóse, en efecto, a aquel jefe un antiguo sargento a nombre de su hijo Manuel, que entonces acompañaba al general Bulnes, llevándole palabras de éste tan lisonjeras para el general rebelde, que no pudo menos de sonreírse al oír los expresivos recuerdos que de él hacía su antiguo camarada. Más, por desgracia, el comisario llegó al punto de decir —haciendo referencia a los respaldos del general Bulnes para con el general Baquedano— “que aquel consideraba al último como su padre”. Protestó en el acto contra este cumplido el general rebelde, a quien de hecho se llamaba octogenario, despidiendo con un gesto desabrido al incauto sargento, pues ya era suficiente que los generales en jefe de ambos ejércitos fuesen primos hermanos, como para que necesitase uno de ellos tener un padre putativo en el campo contrario.

E) TRASCENDENCIA DE LA BATALLA DE LONCOMILLA¹⁸

La batalla de Loncomilla es una de las más sangrientas que registran nuestros anales, pues cerca de la mitad de los combatientes de ambos bandos había quedado sobre el campo. No conocemos la cifra exacta de las bajas, pues el ejército revolucionario se dispersó poco después de la acción y los documentos oficiales no traen tampoco detalle de las pérdidas sufridas por los gobiernistas. Entre estas últimas, hubo algunas particularmente dolorosas. El sargento mayor del Buin Penailillo y el teniente coronel Antonio Videla Guzmán perdieron la vida al comenzar la acción. Más tarde cayeron igualmente el capitán del Batallón Rancagua, Matías González, el capitán del Granaderos, Narciso Guerrero, y muchos otros oficiales de línea y de la guardia cívica.

El Ejército de Cruz sufrió bajas no menos sensibles. Sobre el campo de batalla quedaron los comandantes Ruiz y Urízar, que eran el alma de su caballería e infantería, y de los más esforzados promotores de la revolución; y salió herido, entre otros jefes, el del Estado Mayor, general Fernando Baquedano.

Innecesario resulta destacar cuán grave trastorno, y retroceso tanto económico como social, habría significado para la República el eventual triunfo de los sublevados: destruidas las instituciones recién formadas, minada la moral, dividido el ejército, el país habría sido fácil presa de sus vecinos, Perú y Bolivia, unidos en pacto secreto, y también de Argentina, que treinta años después exigió reivindicaciones territoriales que Chile

¹⁸ En este punto hemos tomado muy en consideración lo dicho en VALDÉS MARTÍNEZ, Ramón, *El general Baquedano en el centenario de su muerte*, en *Anuario Academia de Historia Militar N° 12*, ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR, Chile, Santiago, Chile.

pudo negociar con el respaldo de su ascendencia internacional, ganada en el campo de la diplomacia y también en el de batalla.¹⁹

¹⁹ En este acápite hemos considerado algunas observaciones en TORO DÁVILA, Agustín, *Síntesis Histórico Militar de Chile*, 2ª edición, EDITORIAL UNIVERSITARIA, Santiago, Chile, 1988.

III. CONCLUSIÓN

Concluimos que la participación que le cupo al entonces capitán de Ejército Manuel Baquedano González en la batalla de Loncomilla, en el contexto de la Revolución de 1851, resultó significativa para obtener la victoria en la contienda militar, por cuanto su participación salvó la vida del conductor militar de la refriega, el general Manuel Bulnes Prieto, y ello fue importante para la victoria final, no sólo de dicha batalla, sino de la guerra civil.

Pero a lo anterior también pueden añadirse ciertas conclusiones militares de la batalla, como son:²⁰

- a) **Por** parte del Gobierno, el comandante era el general Manuel Bulnes, cuyas condiciones de militar y de jefe habían sido probadas a lo largo de toda una vida y afirmadas en una larga experiencia de guerra, incluyendo la campaña contra la Confederación Perú-boliviana. Además, el general Bulnes recién entregaba el mando después de un decenio de ser Presidente y su estado físico era óptimo.
- b) **Por** su parte, el general José María de la Cruz también tenía una larga y brillante hoja de servicios. Conocía bien a Bulnes, de quien era primo, y además fue su jefe de Estado Mayor en el Ejército Restaurador del Perú. Su prestigio estaba bien cimentado entre sus conciudadanos, tanto por su desempeño en cargos militares, como políticos. Sin embargo, al iniciarse la Revolución de 1851, la salud de De la Cruz estaba seriamente afectada, lo que sin duda influyó negativamente en sus actuaciones.
- c) **Bulnes** enfocó la campaña como problema militar. Por tanto, fue directamente en demanda del objetivo de destruir las fuerzas adversarias.
- d) **El** general De la Cruz, en cambio, se vio obligado a considerar aspectos políticos junto con los propiamente bélicos. Trataba de conseguir la unión de todos los chilenos tras de su bandera. Esto dio a su mando vacilaciones que se tradujeron en pérdida de oportunidades. Por ejemplo, al desfilar el ejército de Bulnes ante el campamento de Los Guindos, donde estaban las fuerzas de De la Cruz, éste no atacó. Perdió así la posibilidad de aniquilar a su adversario.
- e) **Tanto** en la escaramuza de Monte de Urra como en la batalla de Loncomilla, la actuación de las tropas de ambos bandos fue decidida y tenaz.
- f) **Una** diferencia marcada se pudo apreciar en la forma de mandar de ambos generales:
 1. **Bulnes** mandó con resolución, aun en inferioridad de medios. Fuera de este aspecto, tuvo una concepción general de la batalla en Loncomilla. Esto le permitió hacer actuar sus medios en forma coordinada y tras un objetivo común, que fue la victoria.

²⁰ En cuanto a las conclusiones estrictamente militares, hemos seguido lo afirmado a este respecto en ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, *Historia del Ejército de Chile*, Ejército de Chile, Santiago, Chile, Talleres de Impresos Vicuña, 1982; y en ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, *Historia Militar de Chile*, Ejército de Chile, Santiago, Chile, Tomos II y IV, 1997.

2. **José María De la Cruz**, en cambio, actuó con una prudencia que no se conciliaba con su superioridad material. Por otra parte, no afrontó la batalla de Loncomilla con una concepción general, ni con un plan con el fin de conquistar la victoria. Se limitó a reaccionar ante los movimientos de Bulnes, sin tratar siquiera de imponerle su voluntad y se entregó a la iniciativa de sus propios comandantes subalternos.

Estas fueron las razones fundamentales de que Loncomilla fuera una refriega sangrienta, en la que el valor personal de los efectivos de De la Cruz no bastó para lograr la victoria.

- g) Por ambos bandos había fuerzas regulares muy aguerridas y reforzadas por milicianos. Por eso, en esta lucha fratricida en que se enfrentaban connacionales, obtuvo la victoria el bando cuyo jefe tuvo una mayor capacidad operativa y táctica, y una mayor energía y audacia para materializar su plan.

IV. BIBLIOGRAFÍA

1. ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR, *Atlas Histórico Militar de Chile*, Santiago, Chile, 2010.
2. ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Una Introducción a la Historia Militar*, Academia de Historia Militar, Santiago, Chile, 2014.
3. ARCHIVO NACIONAL DE CHILE, *Legajo de las Acciones del Sur y del Norte durante la Revolución de 1851*, Santiago, Chile, sin fecha.
4. BARROS ARANA, Diego, *Historia General de Chile*, Tomo 16, 2ª edición, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 2000.
5. CARMONA YÁÑEZ, Jorge, *Baquadano*, ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE CHILE, 2ª edición, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, Chile, 1978.
6. EDWARDS, Alberto, *Historia del Gobierno de Manuel Montt*, Editorial Nascimento, Santiago, Chile, 1932.
7. ENCINA, Francisco Antonio, *Historia de Chile*, Tomo XVII, Editorial Nascimento, Santiago, Chile, 1951.
8. ENCINA, Francisco Antonio y CASTEDO, Leopoldo, *Resumen de la Historia de Chile*, 9ª edición, Editorial Zig-Zag, Santiago, Chile, 1953-1954.
9. ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, *Historia del Ejército de Chile*, Ejército de Chile, Santiago, Chile, Talleres de Impresos Vicuña, 1982.
10. ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, *Historia Militar de Chile*, Ejército de Chile, Santiago, Chile, Tomos II y IV, 1997.
11. FIGUEROA, Virgilio, *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*, Establecimientos Gráficos Barcells & Co., Santiago, Chile, 1928.
12. GONZÁLEZ AMARAL, Rafael, *Baquadano, Controversias sobre un General invicto*, Academia de Historia Militar, Santiago, Chile, 1ª reimpresión, 2018.
13. GONZÁLEZ COLVILLE, Jaime, *La batalla de Loncomilla de 1851: escenarios y testimonios*, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA, Año LXXIII N° 116, pp. 335 a 337, 2007, Santiago, Chile.
14. GONZÁLEZ SALINAS, Edmundo, *Soldados ilustres del Ejército de Chile*, en *Biblioteca del Oficial, Publicaciones Militares*, ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE CHILE, Santiago, Chile, 1963.
15. HÜBNER GALLO, Jorge Iván, *Baquadano, general y ciudadano insigne*, en *Anuario Academia de Historia Militar N° 1*, pp. 96 a 110, ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR, Chile, Santiago, Chile.

16. TORO DÁVILA, Agustín, *Síntesis Histórico Militar de Chile*, 2ª edición, EDITORIAL UNIVERSITARIA, Santiago, Chile, 1988.
17. VALDÉS MARTÍNEZ, Ramón, *El general Baquedano en el centenario de su muerte*, en *Anuario Academia de Historia Militar N° 12*, ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR, Chile, Santiago, Chile.
18. VICUÑA MACKENNA, Benjamín, *Historia de los Diez Años del Gobierno de Manuel Montt*, El Mercurio, Valparaíso, Chile, 1863.

ANEXO FOTOGRÁFICO

DIORAMAS DE LA BATALLA

Fuente: Academia de Historia Militar de Chile





